

Reencuentro, reconocimiento y disposición del ardid final en *Odisea 24*, 205-412

Juan Pablo Menendez

XIII Jornadas de Literatura Griega Clásica, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 20 y 21 de octubre de 2020.

En el presente trabajo tenemos como objetivo analizar las escenas de reconocimiento entre Odiseo y Laertes, su padre, que están enmarcadas en el Canto 24 de la *Odisea*. Analizaremos pormenorizadamente el fragmento comprendido entre los versos 205-412, haciendo énfasis en sus discursos y en los rasgos estéticos atinentes a los espacios y a la caracterización de los protagonistas, que resultaron significativos y de relevancia al momento de estudiar el fragmento en cuestión.

A modo de contextualización, podemos decir brevemente que el canto 24 ostenta los siguientes rasgos específicos: el sujeto principal es Odiseo, el héroe que protagoniza el poema épico; los espacios que aparecen son espacios insulares y aislados, en los que se desarrollan acciones que nada tienen que ver con lo que se ha cantado en los relatos anteriores, además, en esta vastedad de espacios, lo que se contrasta permanentemente es el centro con la periferia, de hecho, es así como Odiseo logra ajusticiar a los pretendientes y recuperar el poder de su hogar;¹ el acontecimiento principal es el regreso, que comprende no solo el argumento fundamental de toda la obra sino también de este canto en particular: este regreso significa la restauración del poder al linaje de los Laertiadas.

Organizativamente, el canto 24 se puede escindir en cuatro partes: 1) segunda *nekya*: cuando llegan los pretendientes al Hades; 2) narración de los funerales de Aquiles y discusión sobre el *kléos*; 3) reconocimiento con Laertes, reconocimiento de los árboles de la infancia, el deterioro del padre y del perro Argos en contraposición con el huerto; 4) reclamos de los deudos y pacificación de Atenea.

¹ Miralles (1990 b: 38) afirma: “Ulises, en fin, no da ni un paso en falso. Se sitúa al margen, dentro pero fuera, en su propia casa. El amo, en su casa, mendiga comida de quienes devoran su hacienda.”

Asimismo, el tema del paisaje ha sido importante en este pasaje, pues, según Kirk, “el paisaje no es un tema naturalmente heroico, aun cuando el cantor de la *Odisea* haya hecho de él un importante ingrediente de su poema”;² sin embargo, esta afirmación nos conduce al siguiente interrogante: ¿por qué el cantor de *Odisea* se detiene frecuentemente a describirlos y así deleitarnos con imágenes que lindan con lo idílico? Aquí se puede afirmar que esta descripción tan pormenorizada que se hace de los paisajes es un especial desarrollo de la temática del *locus amoenus*,³ y se puede transpolar el concepto específicamente a Ítaca, donde transcurre gran parte del fragmento.

El *locus amoenus* propio de este canto podría afirmarse que es el huerto de Laertes, lugar donde se da el reconocimiento entre padre e hijo luego de una veintena de años; donde Odiseo confiesa a su padre cómo ha sido la venganza de los pretendientes que ultrajaron su hogar y corrompieron a la gente que pertenecía a su oïkos; donde el anciano Laertes cuidaba sus plantas y árboles más que a su propia persona – quizás porque muchos de ellos se los había obsequiado a su hijo cuando era todavía un niño y, dada su ausencia, le recordarían a él –; y donde Odiseo concreta su último ardid: engañar a su propio padre poniéndolo a prueba para que no lo reconozca.

El huerto de Laertes aparece nombrado siempre con adjetivos que lo potencian, presentan y representan como el mejor: a partir de esta elevación constante que se hace del huerto, se puede deducir una especie de preparación para contrastarlo con la figura del anciano Laertes, el que lo cultiva y lo mantiene en la mejor de las condiciones. El contraste que se produce es entre la decrepitud del padre de Odiseo y la refulgencia del huerto, que es descrito como un lugar rozagante.

Toda esta “oda” al huerto de Laertes se puede rastrear a lo largo del canto, pero especialmente en el fragmento que hemos seleccionado para analizar (vv. 205-412), ya que es cuando puntualmente Odiseo decide presentarse a su padre. El cantor opta por

² Kirk, G. S., (1990: 100).

³ Kirk (1990: 100) afirma que “(el cantor) en especial desarrolló el tema del *locus amoenus* o ‘lugar deleitoso’, que había de adquirir tanta importancia en la literatura pastoril latina y europea. La cueva de Calipso está rodeada de verdes árboles cuyos nombres son mencionados cuidadosamente, y con agua manando de fuentes que alimentan las fértiles viñas (5, 63-71). Cuando Ulises va a ver a su padre Laertes, en el último libro de la *Odisea*, le encuentra cuidando su jardín en el campo, y sus plantas y árboles son amorosamente mencionados en el curso de la compleja escena del reconocimiento (24, 241 y siguientes).”

calificarlos con adjetivos que los posicionan como los mejores, tanto al huerto como a quien lo cultiva:

οἱ δ' ἐπεὶ ἐκ πόλιος κατέβαν, τάχα δ' ἀγρὸν ἴκοντο
καλὸν Λαέρτῃο τετυγμένον, ὅν ῥά ποτ' αὐτὸς
Λαέρτης κτεάτισσεν, ἐπεὶ μάλα πόλλ' ἐμόγησεν. (*Odisea*, 24, 205-207).

Y cuando estos otros descendieron desde la ciudad, rápidamente llegaron al **bello campo de Laertes, bien cultivado**, el cual, ciertamente, el mismo Laertes había adquirido en otro momento, **cuando se había esforzado mucho**.

En el pasaje citado podemos observar que: primero, el campo aparece descrito y puesto a la altura de los hermosos lugares que visitó Odiseo a lo largo de la obra – la cueva de Calipso, los jardines de Alcínoo, entre otros espacios⁴, por medio del empleo de adjetivos como bello (καλὸν) y bien cultivado (τετυγμένον), este último, en realidad es un adjetivo referido a las construcciones, no en vano puesto aquí para referirse al campo de Laertes ya que no solo le costó esfuerzo obtenerlo (ἐπεὶ μάλα πόλλ' ἐμόγησεν) sino también que, al momento de la llegada de Odiseo, era allí donde depositaba todas sus fuerzas. Asimismo, cabe destacar, en consonancia con la figura del huerto, se describe la totalidad del οἶκος como un espacio en el cual todos – Laertes y sus criados y servidores – trabajaban “amablemente” (φίλα, v. 210), pues era allí donde “los esclavos forzosos comían, se sentaban y dormían” (vv. 209-210).

En los versos siguientes, Odiseo comienza a planificar el gran ardid que deriva en la escena de reconocimiento con su padre: envía a su hijo Telémaco y a los sirvientes al palacio para encontrarse a solas con el anciano Laertes. Es allí que Odiseo duda si debe o no poner a prueba a su padre:

αὐτὰρ ἐγὼ πατρὸς πειρήσομαι ἡμετέροιο,
αἶ κέ μ' ἐπιγνώη καὶ φράσσεται ὀφθαλμοῖσιν,
ἧέ κεν ἀγνοίησι, πολὺν χρόνον ἀμφὶς ἐόντα. (*Odisea*, 24, 216-218).

Sin embargo, yo probaré a nuestro padre para ver si me reconoce y me distingue, o si me desconoce por haber estado mucho tiempo lejos.

Finalmente, decide probarlo de todas maneras y se acerca hasta el “huerto cultivado abundante en frutos” (ἄσσον πολυκάρπου ἀλωῆς, v. 221) donde encuentra a su padre, que estaba muy desmejorado:

⁴ Kirk, G. S., (1990: 100).

τὸν δ' οἶον πατέρ' εὗρεν εὐκτιμένην ἐν ἀλωῇ,
λιστρεύοντα φυτόν· ῥυπόωντα δὲ ἔστο χιτῶνα
ῥαπτὸν ἀεικέλιον, περὶ δὲ κνήμησι βοείας
κνημῖδας ῥαπτὰς δέδετο, γραπτῶς ἀλεείνων,
χειρῖδας τ' ἐπὶ χερσὶ βάτων ἔνεκ'· αὐτὰρ ὕπερθεν
αιγείην κυνέην κεφαλῇ ἔχε, πένθος ἀέζων. (*Odisea*, 24, 226-231).

Y encontró a su padre, solo, en el huerto bien cultivado, mientras apoyaba una planta; y vestía una túnica sucia, remendada, zurcida, miserable, y atadas alrededor de sus piernas grebas de buey cosidas para evitar arañazos, y en las manos unos guantes a causa de las zarzas. Sin embargo, arriba, sobre su cabeza, llevaba un gorro de piel de cabra aumentando su dolor.

Se podría interpretar el abandono físico de Laertes como una proyección interior de su alma en cuanto a la pena por la posible – y cada vez más inminente – pérdida de su hijo ya que llevaba este veinte años sin regresar – Odiseo había estado diez años en la guerra y le tomó otros diez años su retorno a Ítaca –; en efecto, su alma estaría en una especie de limbo dantesco, y lo que hace es ocupar su tiempo poniendo todas sus energías en su huerto, trasladando así la magnificencia de su persona a un objeto que le es, a su vez, interno (es parte de su vida, ἐπεὶ μάλα πόλλ' ἐμόγησεν, v. 207) y externo (no deja de ser un objeto material).

Es en este punto, ante la decrepitud ostentada por Laertes, en el que Odiseo, que ya había soportado mucho – tal como lo describe uno de sus más recurrentes epítetos πολύτλας (v. 232), “el que ha soportado mucho/ el muy paciente” – reconsidera si debe continuar con el engaño o no, ya que le produjo tal pena ver a su padre en dichas condiciones que hasta suelta una lágrima y quiere abrazarlo y besarlo (vv. 235-236).⁵

A pesar de conmoverse por el estado en que se encuentra su padre, Odiseo persiste y continúa con su ardid, preparando así el relato para poder desarrollar una de sus biografías falsas (vv. 265-279 y vv. 302-314) luego de este discurso, y lograr el reconocimiento con su

⁵ Miralles (1990 b: 26) afirma: “Odiseo sigue siendo, en su tierra, el engañador cauteloso de siempre; no se confía sino después de haber probado y tanteado, observa y adapta su conducta a lo que ve y encuentra: su corazón es a menudo presentado por el poeta como dividido entre una reacción instantánea, fulminante y vengativa, y el disimulo ahora para luego poder reír, tras la victoria.”

padre. Este discurso está compuesto por tres partes: 1) vv. 244-255; 2) vv. 256-264; 3) vv.265-279.⁶

En la primera parte, vv. 244-255, Odiseo ofrece un contraste entre el huerto y el anciano mismo: le indica que su huerto está muy bien cuidado (εὖ τοι κομιδὴ ἔχει, v. 245) – repitiendo más de una vez los vocablos “cuidado” y “huerto” – al contrario de su persona que transita una vejez triste y está descuidada (vv. 249-250), incluso le dice que se asemeja más a un rey por su estatura pero que su aspecto lo acerca a un esclavo:

ὦ γέρον, οὐκ ἀδαημονίη σ' ἔχει ἀμφοιολεύειν
ὄρχατον, ἀλλ' εὖ τοι κομιδὴ ἔχει, οὐδέ τι πάμπαν,
οὐ φυτόν, οὐ συκείη, οὐκ ἄμπελος, οὐ μὲν ἐλαίη,
οὐκ ὄρχνη, οὐ πρασιή τοι ἄνευ κομιδῆς κατὰ κῆπον. (*Odisea*, 24, 244-247).

Oh anciano, en cuanto a ti, no hay ignorancia para cultivar el huerto sino ciertamente hay buen cuidado, no hay árbol, ni higuera, ni vid, ni olivar, ni peral, ni almacigo de verduras, ciertamente, sin cuidado en todo el huerto.

También se puede observar, según el comentario de Heubeck,⁷ una correlación entre los versos 249-250 con los versos 244-248, mostrando así que utiliza fórmulas y construcciones similares para hacer referencia a objetos diferentes pero que están relacionados entre sí y que uno (su vejez triste y su mala vestimenta) es consecuencia de lo primero (el gran cuidado que lleva de su huerto).

Luego, en el segundo núcleo de su discurso (vv. 256-264), Odiseo narra que le pidió a un caminante que le dijera si estaba en Ítaca, y en consecuencia le solicita a Laertes que se lo confirme. Sin embargo, el caminante resultó ser alguien insensato, pues, no respondió a cada una de las preguntas del extranjero, quien, además de saber si había arribado a Ítaca, quería saber acerca de un huésped suyo: si vivía allí o si ya se encontraba “en la morada de Hades” (vv. 263-264). Estos últimos dos versos del segundo núcleo dan lugar al comienzo del tercero.

⁶ Heubeck, A. & Hoekstra, A. (1990: 389).

⁷ Heubeck, A. & Hoekstra, A. (1990: 390).

Finalmente, el tercer núcleo (vv. 265-279) relata la historia del extranjero a quien Odiseo-extranjero⁸ recibió como huésped en su hogar. Ese extranjero resultaba ser el mismísimo Odiseo, quien se jactaba (εὔχετο, v. 269) de ser el hijo de Laertes Arcesíade, y a quien le otorgó los regalos de hospitalidad proporcionales a la amabilidad de aquel huésped. No es menor que los regalos que le diera este anfitrión al Odiseo huésped sean una muestra de poderío y de fastuosidad, lo que se podría leer subliminalmente como una prefigura de lo que conseguirá Odiseo una vez que se haga nuevamente con el poder de su οἶκος. Este anfitrión ficticio le da talentos de oro “bien trabajados” (εὐεργέος, v. 274), una cratera “plateada floreada” (πανάργυρον ἀνθεμόεντα, v. 275), mantos “sencillos” (ἀπλοῖδας, v. 276), tapetes “grandes/ de tal magnitud” (τόσσους, v.276), “vastas” piezas de tela “bella” (τόσσα, καλά, v. 277), “y además otras tantas túnicas” (τόσσους δ’ ἐπὶ τοῖσι χιτῶνας, v. 277). Hasta que llega a uno de los regalos de gran relevancia: cuatro mujeres expertas en labores nobles, es decir, las labores del hogar (ἀμύμονα ἔργα ἰδυίας, v. 278). Resulta importante este último regalo porque se podría trazar una analogía con Penélope, la esposa de Odiseo, que lo esperó durante veinte años y nunca perdió la esperanza de que él regresara. Lo logró trazando ardidés para sobrevivir al asedio permanente en que la tenían los pretendientes. Es por ello que, Penélope es la única mujer a la cual se la califica con los mismos adjetivos que a Odiseo, un hombre.⁹

Consecuentemente, Laertes responde al extranjero y a todo aquello que le narró acerca de la visita de su hijo Odiseo. Esta respuesta del anciano, que abarca los versos 280-301, siguiendo a Heubeck, se podría segmentar en tres secciones: 1) respuesta a las preguntas directas e indirectas de la segunda parte del discurso de Odiseo y alusión a la tercera (vv. 281-286); 2) respuesta a Odiseo, contestación de la tercera parte del apóstrofe (vv. 287-296); 3) preguntas de rigor sobre la identidad del falso extranjero/ Odiseo-extranjero con el cual habla (vv. 297-301).

⁸ A partir de aquí hemos optado por denominar “Odiseo-extranjero” a Epéritos, la identidad falsa que usa Odiseo para engañar a su padre de modo que se pueda desambiguar a Odiseo-Huésped de Epéritos de Alibantes.

⁹ Zecchin de Fasano, G. C. (2018: 9) afirma: “Penélope es la única que recibe las mismas calificaciones que Odiseo, ambos son “dolosos”, ella sobre todo “dueña de sí”. Su autocontrol lentifica el tiempo, lo encripta a la espera de su regreso. La relación complementaria entre ambos se prolonga en que ella recibirá un “canto de elogio” similar al canto los héroes, una situación exclusiva de la que no goza ningún otro personaje femenino en la épica.”

En primer lugar, Laertes le confirma a Odiseo-extranjero que se encuentra efectivamente en Ítaca, la tierra del huésped al cual había acogido. Y procede a informarle que si bien está en Ítaca, en ese momento se encuentra tomada por los pretendientes:

‘ξείν’, ἧ τοι μὲν γαῖαν ἰκάνεις, ἦν ἐρεεῖνεις,
ὕβρισται δ’ αὐτήν καὶ ἀτάσθαλοι ἄνδρες ἔχουσιν· (Odisea, 24, 281-282).

Extranjero, ciertamente has arribado a la tierra que buscas, pero hombres insolentes y malvados la poseen.

En segundo lugar, le pregunta hacía cuánto tiempo que había acogido a Odiseo en su tierra para saber si todavía podía reparar en alguna esperanza de que regresara a Ítaca. Laertes hace especial énfasis en que, si eventualmente su hijo hubiera muerto, no habría recibido los ritos correspondientes por parte de su familia:

οὐδέ ἐ μήτηρ
κλαῦσε περιστεῖλασα πατήρ θ’, οἷ μιν τεκόμεσθα·
οὐδ’ ἄλοχος πολύδωρος, ἐχέφρων Πηνελόπεια,
κώκυς ἐν λεχέεσσιν ἐὸν πόσιν, ὡς ἐπέφκει,
ὀφθαλμοὺς καθελοῦσα· τὸ γὰρ γέρας ἐστὶ θανόντων. (Odisea, 24, 292-296).

Ni su madre lo lloró tras envolverlo en sus ropas fúnebres, ni su padre, quienes lo ayudaron, ni su esposa, dotada con muchos regalos, la sensata Penélope lloró a gritos en el lecho a su esposo, tras haberle cerrado los ojos, como era conveniente; esta es la recompensa de los muertos.

Finalmente, Laertes formula las preguntas de rigor sobre el origen de este extranjero que presume saber demasiado acerca de su hijo, dando así lugar a la consecuente biografía falsa propiamente dicha, que deriva en la escena de reconocimiento entre padre e hijo. Las preguntas se refieren al lugar del cual proviene, quiénes son sus padres, quién es él, y cómo llegó.

A su turno, Odiseo-extranjero responde cada una de aquellas,¹⁰ y además informa a Laertes que habían pasado cinco años desde que había acogido a su hijo en su patria. Luego de esta respuesta, Laertes se hunde en una profunda tristeza al punto tal que su hijo acaba revelándole que él mismo es Odiseo y le confiesa qué hizo con los pretendientes.

¹⁰ Según el comentario de Heubeck (1990: 395), el discurso de Odiseo, en el cual responde a Laertes las preguntas de rigor acerca de su origen, se organiza desandando inversamente cada una de aquellas: vv. 304-308 responden a vv. 298-301; vv. 309-313 *a* responden a vv. 288; vv. 313 *b*-314 responden a vv. 282-286.

En los versos 320-322 Odiseo hace, por fin, lo que deseaba desde hacía tiempo, había considerado en vv. 235-237 y desestimado en vv. 239-240:

κύσσε δέ μιν περιφύς ἐπιάλμενος, ἠδὲ προσηύδα·
‘κεῖνος μὲν τοι ὄδ’ αὐτὸς ἐγώ, πάτερ, ὃν σὺ μεταλλάξ,
ἦλυθον εἰκοστῷ ἔτει ἐς πατρίδα γαῖαν. (Odisea, 24, 320-322).

Tras abrazarlo, lo besó y le habló: “ciertamente ese mismo soy yo, padre, por el cual tú preguntas, llegué en el vigésimo año a la tierra patria.”

Laertes, asombrado, pide a Odiseo “una señal clara” (σημά τί ἀριφραδές, v. 329) para que “resulte convencido” (ὄφρα πεποιθῶ, v. 329), dando lugar así a la escena de reconocimiento a través de los dos signos que su hijo le muestra: primero le muestra su cicatriz y le narra la historia de la misma (vv. 331-335) – historia que aparece narrada más detalladamente en *Odisea*, 19, 393-466, cuando Euriclea baña a Odiseo –; luego, tiene lugar la descripción de los árboles del jardín de Laertes (vv. 336-344), los cuales había obsequiado a Odiseo cuando aún era un niño. Él recuenta exactamente la cantidad de cada uno de ellos que su padre le había dado como regalo. Así es como Laertes, por último, resulta convencido de que se encuentra frente al mismísimo Odiseo, su propio hijo.

A través de la enumeración de los árboles, se podría interpretar que las abundantes referencias que se hacen al huerto de Laertes, no haría, ni más ni menos, que preparar la escena de reconocimiento final entre padre e hijo. El padre reconoce al hijo por medio de aquello que lo mantuvo ocupado y a lo que le dedicó tanto tiempo durante la ausencia de Odiseo.

Por último, se dirigen al οἶκος, donde los esperaban Telémaco, el boyero y el porquero para comer. Allí la servidora de Laertes, lo baña y lo unge con aceite de oliva (ἐλαίῳ, v. 366), signo que prefigura la aparición de Atenea para resolver el conflicto con los deudos de los pretendientes y que, además, restituye al anciano la magnanimidad propia de alguien de estirpe como era él.

Conclusión

Es la *Odisea* la obra de los paralelismos y de los dobles, en la cual, hacia el final, y en particular en este canto 24 que hemos analizado, el “bien”¹¹ – encarnado por Odiseo – sale victorioso: los pretendientes son ajusticiados por su insolencia y corrupción de las buenas costumbres, Penélope recupera a su esposo después de haber sido cosificada por los pretendientes que la asediaron permanentemente y sin cesar durante veinte años, Telémaco recupera a su padre y Laertes a su hijo.

Se podría leer el final de *Odisea* como una restitución de las virtudes heroicas que son arrebatadas a Agamenón: su esposa, Clitemnestra, elige a quien estuvo acechándola durante la ausencia de su marido, Egisto; juntos planean el asesinato del rey; su hijo Orestes vengó la muerte de su padre, matando a su madre. Al contrario de la suerte del Atrida, Odiseo acaba él mismo con los insolentes pretendientes; Telémaco no debe vengar la muerte de ningún padre, por el contrario, sale a buscarlo; y Penélope rompe con las conductas sexuales femeninas propias de su genética y de su linaje, por las cuales las mujeres como Helena y Clitemnestra, sus primas, terminan actuando en detrimento de sus maridos.¹²

¹¹ Miralles (1990 b: 38) sostiene: “Ulises, a su regreso, no se manifiesta como marido ni como rey, de modo que actúa como si fuera *otro*. No se coloca en el centro, directamente, sino en el umbral (*Odisea* 16, 339-341): ‘sentóse en el umbral de fresno, a la parte inferior de la puerta, y se recostó en la jamba de ciprés que en otro tiempo el artífice había pulido hábilmente y enderezado valiéndose de un nivel’.”

¹² Zecchin de Fasano, G. C. (2018: 9).

Bibliografía

- Heubeck, A. & Hoekstra, A. (1990). *A Commentary on Homer's Odyssey*, Vol. II, Oxford.
- Kirk, G. S., (1990). "Homero", en P. E. Easterling & B. M. W. Knox (Eds.) *Historia de la literatura griega*, Madrid, pp. 56-108.
- Miralles, C. (1990 a). *Homero. Ilíada*. Introducción, pp.1-45.
- Miralles, C. (1990 b). *Homero. Odisea*. Introducción, pp. 1-45.
- Murray, A. T. (Ed.). (1919). *Homer. The Odyssey*. Cambridge: Harvard University Press.
- Zecchin de Fasano, G. C. (2018). "Una introducción a Homero".